

Reflexión sobre el capítulo cuatro de “Evangelii Gaudium”: La dimensión social del Evangelio



Obispo Rolando C. Santos, C.M.

Diócesis de Alotau – Papúa Nueva Guinea

Escribo esta reflexión en Papúa Nueva Guinea, un país melanesio en Oceanía, situado justamente al norte de Australia. La gente lo llama “país paradisíaco”, un lugar cubierto de bosques verdes con mucha lluvia, habitado por pueblos con cientos de culturas y tradiciones diversas. Los primeros misioneros llegaron aquí hace unos 160 años. Hoy es predominantemente cristiano, con católicos que suman el 35% de la población. No obstante, Papúa Nueva Guinea es considerada, todavía hoy, uno de los países menos desarrollados del mundo. A pesar de las muchas maravillas que ofrece el país, muchos turistas evitan venir debido a las noticias sobre crímenes, luchas raciales, y asesinatos relacionados con la hechicería. ¿Tiene alguna relevancia el Evangelio para un país como Papúa Nueva Guinea? ¿Se preocupa la fe cristiana solamente de lo espiritual y de la vida después de la muerte? ¿Tiene algo que ofrecer con relación a las profundas aspiraciones humanas de las personas por una vida mejor en este mundo?

Construyendo el Reino de Dios

El capítulo cuatro de la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* se refiere a la dimensión social del Evangelio. El Papa Francisco comienza el capítulo diciendo: “*Evangelizar es hacer presente en el mundo el Reino de Dios*” (176). El Evangelio tiene un contenido ineludiblemente social. Olvidar esto es distorsionar el significado auténtico e íntegro de la misión evangelizadora (177). “*La propuesta del Evangelio no es sólo la de una relación personal con Dios. Nuestra respuesta de amor tampoco debería entenderse como una mera suma de pequeños*

gestos personales dirigidos a algunos individuos necesitados, lo cual podría constituir una 'caridad a la carta', una serie de acciones tendentes sólo a tranquilizar la propia conciencia. La propuesta es el Reino de Dios (cf. Lc 4,43). Una fe auténtica siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, transmitir valores, dejar este mundo de alguna forma mejor que lo encontramos. Así, la Iglesia no puede y no debe permanecer en los márgenes de la lucha por la justicia. Todos los cristianos, incluidos sus pastores, están llamados a mostrar preocupación por la construcción de un mundo mejor" (180).

Estas palabras proclaman claramente la relevancia social del Evangelio, que aspira a construir el Reino de Dios; reino de justicia, amor y paz. Jesús mismo dijo, *"He venido para que tengan vida, y vida en abundancia"*. En el ministerio de Jesús, la predicación del evangelio y la curación de enfermos siempre fueron de la mano. Predicó sobre el amor, pero también llegó hasta las personas que sufrían toda clase de miserias. Él las curó y las restableció totalmente. Las abrazó con el amor liberador y compasivo de Dios que es Padre. Médico y Buen Pastor, envió a sus discípulos para que hicieran lo mismo, y para proclamar que el Reino de Dios estaba cerca. Ninguno estaba exento de este deber apostólico. El amor de Dios no puede separarse del amor al prójimo. Al final de nuestras vidas seremos examinados por el amor que tuvimos hacia el menos afortunado: *"Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer... Siempre que lo hicisteis con uno de estos hermanos míos más pequeños, lo hicisteis conmigo"* (Mt 25,34-40).

Los primeros misioneros y la Iglesia en Papúa Nueva Guinea recordaron la dimensión social del Evangelio. Evangelizaron a las gentes, pero también construyeron escuelas y centros de salud para los pobres y enfermos. Casi la mitad de los servicios en el país están suministrados por la Iglesia Católica. Sin embargo, hace falta hacer mucho más. A medida que crece la población, así crecen las necesidades de las personas. Con la crisis económica que afrontan muchos países, ayudar a los que están en necesidad resulta más difícil de hacer. La Iglesia tiene que doblar su esfuerzo para motivar recursos locales, al gobierno y a las gentes del lugar.

San Vicente de Paúl dijo: *"Tenemos que amar a Dios con el sudor de nuestra frente y el esfuerzo de nuestros brazos"*. Esto es posible mediante la ayuda del Espíritu Santo y *"el amor de Cristo que nos apremia"*. El servicio de los pobres es responsabilidad no sólo de sacerdotes y religiosas, sino también de los laicos. Vicente motivó y organizó a los tres durante su vida para llegar hasta los menos afortunados. En su encíclica *Populorum progressio*, el Papa Pablo VI decía que amar a Dios es buscar verdaderamente el bien del hombre, de todo el hombre y de cada uno de los hombres. El Papa Juan Pablo II en *Solicitududo rei*

socialis habló de la solidaridad, un deseo sincero de buscar el bien del otro. Esto se traduce en la acción eficaz. Muchas veces esto exigirá un cambio sistémico en las estructuras y valores económicos, políticos y culturales. El desarrollo integral de nuestro prójimo es parte esencial del Evangelio y de toda la misión evangelizadora. Evangelización, liberación, y promoción humana no deben separarse una de otra.

Una opción enraizada en la fe

El Papa Francisco dice que de *“nuestra fe en Cristo hecho pobre, y siempre cercano a los pobres y excluidos, brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad”* (186). El trabajo del desarrollo humano y de la liberación no puede separarse de nuestra fe cristiana. La opción de la Iglesia por los pobres no es fruto de una ideología, ni un deseo para ganar un beneficio político, económico o social para uno mismo. El misionero no es un mero trabajador social o un analista político. Es, primero y ante todo, un hombre de fe. El compromiso de la Iglesia y la opción preferencial por los pobres tiene raíces teológicas.

Jesús que se hizo pobre y fue totalmente solidario con los pobres, es el centro y el alma de la opción de la Iglesia por los pobres y el compromiso con el mundo. Por la Encarnación cargó sobre sí la pobreza y el sufrimiento de cada persona pobre en este mundo. No se contentó con despedir simplemente a los hambrientos, sino que dijo a sus discípulos *“dadles vosotros de comer”*. Miró al pobre con gran compasión e hizo propias sus cargas. La Iglesia ha seguido las pisadas del Maestro. El misionero, y cada discípulo de Cristo, miran al pobre con los ojos de Cristo. Cada persona en este mundo, aunque pobre y aparentemente odioso, es portador de una dignidad absoluta que no se puede eliminar. Toda persona ha sido creada por Dios, lleva su imagen, y es amada hasta el punto que su Hijo, Jesús, entregó su vida por él.

Un reto para todos

Según el Papa Francisco, *“cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad”* (187). La opción por los pobres es una llamada a cada cristiano bautizado y a toda persona de buena voluntad. El discipulado cristiano no es un discipulado barato. El seguimiento de Cristo exige una opción valiente y comprometida en favor de los pobres. No se contenta con proporcionar ayuda temporal o cosmética al clamor de los pobres y sus sufrimientos. El amor real y la solidaridad con los pobres exigen que afrontemos las estructuras injustas, así como la pobreza espiritual

y la realidad del pecado en nuestro mundo. Según el Papa Francisco, esta última es la gran pobreza en nuestro mundo. Esto puede exigir grandes sacrificios de nuestra parte y un cambio de prioridades y estilo de vida. Jesús dijo, *“El que quiera ser mi discípulo, que renuncie a sí mismo, cargue con su cruz y me siga”* (Mt 6,24). La opción por los pobres pide un cambio de corazón y una manera de mirar la vida y la relación de unos con los otros en el mundo. El centro no puede ser solamente yo y mi familia. Cuando comenzamos a ver con los ojos de la fe, no hay extraños, sino solo un hermano y hermana en Cristo. El Evangelio transforma nuestros valores sociales y nos hace vivir una vida más sencilla para que otros sencillamente puedan vivir.

La opción del Evangelio por los pobres es para todos y cada uno, incluyendo a los hombres de negocio y de gobierno. La gente considera habitualmente estos dos empleos con cierta desconfianza, como si los negocios y la política pertenecieran a una clase corrupta. Sin embargo, como dice el Papa Francisco, la vocación de un empresario es una noble tarea, siempre que se deje interpelar por un sentido más amplio de la vida; *“esto le permite servir verdaderamente al bien común, con su esfuerzo por multiplicar y volver más accesible para todos los bienes de este mundo”* (203). Además, el Papa añade, *“la política, tan denigrada, es una altísima vocación, es una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común... Ruego al Señor que nos regale más políticos a quienes les duela de verdad la sociedad, el pueblo, la vida de los pobres... que procuren que haya trabajo digno, educación y cuidado de la salud para todos los ciudadanos”* (205).

Sociedad y Solidaridad

En Papúa Nueva Guinea, somos dichosos porque hay un acuerdo establecido entre el gobierno y las iglesias, especialmente en las áreas de sanidad y educación. Trabajamos juntos como socios iguales para el bien del pueblo. El gobierno se da cuenta de que pueden servir mejor al pueblo si trabaja con las iglesias. Al mismo tiempo, las iglesias se dan cuenta de que no pueden servir al pueblo sin la ayuda del gobierno. Hay necesidad de un espíritu unido de gestión y colaboración. En la provincia de Milne Bay, el gobierno paga el salario y mantiene las instalaciones de los ocho centros médicos y hospitales administrados por la “Agencia Católica”. El gobierno nos ayuda también con nuestra Agencia Católica de escuelas, que matriculan más de 150 estudiantes en los niveles elemental y secundario. Cuatro de estas escuelas son escuelas técnicas/vocacionales y una es para niños con discapacidad. El Colegio de Maestros St. Mary, actualmente en construcción, es también fruto de la colaboración entre la Iglesia Católica y el gobierno de Papúa Nueva Guinea. La diócesis erige y gestiona las escuelas, mientras el gobierno paga los salarios de los profesores y la matrícula

y emolumentos de los estudiantes. El gobierno respeta la identidad, filosofía y valores de nuestra agencia de escuelas y centros de salud, mientras la Iglesia acata las reglas establecidas por el gobierno. Se puede hacer mucho bien si el gobierno y la Iglesia trabajan juntos para bien del pueblo. No tienen que estar en conflicto el uno con el otro. La Iglesia colabora con el gobierno al mismo tiempo que mantiene su propia libertad y autonomía. Esto no es siempre fácil. Aprendemos a dialogar y escuchar pacientemente el uno al otro. El Evangelio nos reta a todos nosotros a trabajar juntos en solidaridad por el bien de nuestro pueblo especialmente los menos afortunados.

Administración y compartir

Una de las formas en que se practica la solidaridad es a través del ejercicio de la administración responsable. Hoy hay una tentación a pensar que la pobreza desaparecerá si solo los gobiernos se centran en el desarrollo económico incrementando su producto nacional bruto. Muchas veces esto va unido a programas de control de la población, asumiendo que generará una mayor calidad de vida y servicio al pueblo. No obstante, nos recuerda el Papa Francisco: *“El crecimiento en equidad exige algo más que el crecimiento económico... requiere decisiones, programas, mecanismos y procesos específicamente orientados a una mejor distribución del ingreso, a una creación de fuentes de trabajo, a una promoción integral de los pobres que supone el mero asistencialismo”* (204). No hay caminos fáciles ni atajos. Como dice el Papa: *“Quiero una Iglesia que sea pobre y para los pobres”* (148).

Habrán momentos en que la Iglesia tenga que tomar decisiones dolorosas e impopulares para asegurar que la propiedad y los ingresos están bien distribuidos, para que el rico no tenga demasiado, y el pobre demasiado poco para sobrevivir. Hay necesidad de proteger la propiedad privada como un derecho, pero hay necesidad también de educar a la gente sobre la función social de la propiedad y el destino universal de los bienes, que son los valores más altos. Como advierte el Papa Francisco, *“la posesión privada de los bienes se justifica para cuidarlos y acrecentarlos de manera que sirvan mejor al bien común”* (189). El beneficio no puede ser más el único criterio de los negocios. Nadie tiene el derecho al goce exclusivo de los bienes que posee, no importa cuánto haya trabajado para conseguirlos. El Señor es el único dueño y propietario de todo.

Nosotros somos meros administradores cuyo deber es asegurar que todos en este mundo tienen suficientes bienes para vivir con dignidad como hijos de Dios. Gobiernos y compañías multinacionales deben garantizar que haya puestos de trabajo para todos. Entre estos se incluyen los emigrantes que huyen no sólo de persecución política o religiosa, sino también de la pobreza económica. La forma en que

algunos gobiernos tratan con los emigrantes hoy produce sonrojo a la humanidad. Todos tenemos un deber sagrado de crear un mundo sin fronteras porque el mundo pertenece a Dios, y todo ciudadano de este mundo es hijo de Dios.

Cuidado espiritual

Si bien es importante la preocupación por la justicia y el bienestar material de los pobres, no debemos pensar que esto es todo lo que importa en la vida. Como declara el Papa Francisco: *“La peor discriminación que sufre el pobre es la falta de cuidado espiritual. Nuestra opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria”* (200). El amor genuino y efectivo por el pobre es siempre holístico, e incluye la dimensión espiritual. Este aspecto se descuida con frecuencia, como si la única cosa que interesara fuese su bienestar material y económico. No obstante, la raíz de muchos sufrimientos y pobreza de las gentes en el mundo hoy se debe a la falta de un fundamento espiritual. El pecado, que no es otra cosa que dar la espalda a Dios, es la raíz de todo lo que es malo. El pecado hace a la persona centrada en sí misma y destruye el amor. Destruye también al pecador, mientras asola a otras personas en el proceso.

La humanidad necesita ser salvada de su tendencia hacia lo pecaminoso. Es Jesús y el poder del Evangelio lo que salva. La promoción humana y la liberación no pueden estar separadas de la evangelización. Es principalmente la evangelización la que construye el Reino de Dios, reino de justicia, de amor y de paz. Es la fe en Jesús la que hace posible la auténtica liberación y la promoción humana. La evangelización es la que hace libre a las personas. Esto se refiere no sólo a los individuos, sino también a comunidades enteras. Comprende actitudes, valores, culturas y estructuras sociales. Toda la creación tiene que volver a Dios para ser transformada por el amor de Cristo. Lo espiritual construye el Reino de Dios en la tierra.

Cuidado por el menos afortunado

Preocupación por la justicia exige interés por los más vulnerables. Aquí, el Papa Francisco, menciona a las personas de la periferia: *“Los sin techo, adictos, refugiados, pueblos indígenas, y ancianos. Llama la atención sobre el clamor de los emigrantes, víctimas de distintas clases de tráfico humano, prostitución, niños utilizados en la mendicidad, explotación de trabajo clandestino, mujeres que soportan situaciones de exclusión, maltrato y violencia, y niños no nacidos”* (211). Como advierte el Papa Francisco, Jesús se identifica con el más pequeño de entre nosotros (Mat 25,40). En nuestro mundo de hoy, con su énfasis en el

éxito y la propia realización, no se invierte en esfuerzos para ayudar al atrasado, al débil, o al menos talentoso para encontrar oportunidades en la vida. Con frecuencia el gobierno presta más atención a la juventud y al desarrollo económico de la gente. Se hace muy poco por los más pobres de los pobres, los sin techo, los que tienen incapacidades mentales, los olvidados y abandonados por sus familias, y personas vagando por las calles y durmiendo en las aceras.

En mi diócesis de Alotau, los más desasistidos se encuentran con frecuencia en las escaleras de las casas de los sacerdotes y en mi propia casa. Hacemos lo que podemos. No es fácil porque el pobre se hace dependiente con facilidad y exige más cosas. Una señora, mentalmente perturbada, se me acerca con frecuencia pidiendo comida. Yo la alimento, pero entonces, pide un lugar para quedarse. Le dejo mi garaje, y entonces me pide ropa de cama y artículos de tocador. Más tarde, una ayuda para la escolaridad de sus hijos. Finalmente, me pregunta si podríamos proporcionarle su propia casa. ¡Ojalá tuviese los medios!

Consulté a nuestro Coordinador de Caritas, y llevó este asunto al gobierno y a la Asociación de Mujeres. Todos me dijeron que yo no debía mimar a esta mujer, sino más bien obligar a su marido a ser más responsable. Ella no debía vivir con su marido, que estaba viviendo con otra mujer, y que le causaba problemas emocionales y mentales. El caso es complicado, como otros casos de otras muchas personas desplazadas. ¿Ojalá tuviéramos una Madre Teresa o un Vicente de Paúl en nuestra comunidad? ¿Ojalá tuviesen las personas más fe y amor para ensanchar sus corazones y sus brazos a personas como ella? Hay necesidad de evangelizar y testimoniar la caridad. Como dice la Escritura: *“Si la fe no está acompañada por las obras buenas está muerta”* (Js. 1,17). *“Aunque mi fe fuese tan grande como para trasladar montañas, si no tengo amor, nada soy”* (1 Cor. 13,2).

Preocupación por los no nacidos

El Papa Francisco ha dicho que el cuidado por los más indefensos e inocentes entre nosotros implica la *“convicción de que un ser humano es siempre sagrado e inviolable en cualquier situación y en cada etapa de su desarrollo”* (213). Una vez asistí a un encuentro organizado por Naciones Unidas en Port Moresby. Era la declaración de la ONU sobre derechos humanos. Observé que aunque muchos de los derechos humanos recibieron una adecuada explicación, sin embargo el derecho a la vida sólo se trató en una o dos frases. Pregunté al facilitador qué entendía por el término “vida humana”. ¿Cuándo comienza? Sabía que ciertas organizaciones en la ONU son pro-abortistas, y yo debí sorprender a la representante de las ONU sin una respuesta preparada. Admitió que era una pregunta difícil, y me dijo que hablaría después conmigo. Nunca volvió. En Papúa Nueva Guinea, el gobierno ha contratado los

servicios de una ONG internacional para llevar a cabo un programa de Planificación Familiar y Control de la Población en el país. En las Islas Salomón, el gobierno también ha invitado a otra ONG internacional que se especializa en “planificación familiar” para que les hagan este trabajo. Estas dos organizaciones internacionales son bien conocidas por estar en la vanguardia del aborto. Los encargados de la planificación y desarrollo del país dicen que ya hay demasiadas personas y no suficientes recursos para circular. Actualmente, PNG tiene solamente una población de siete millones de habitantes. Es más grande y rica en recursos naturales que Filipinas que tiene más de cien millones de habitantes.

El Papa Francisco dice que los seres humanos son fines en sí mismos y nunca deben ser vistos como un medio para resolver otros problemas. En muchos países pobres, gobierno y organizaciones no están haciendo suficiente por sus propias gentes, el recurso más importante en el desarrollo de cualquier país. En PNG, el gobierno gasta millones de kina para hacer la implantación de la hormona contraceptiva disponible a las mujeres en edad de concebir. Ha habido informes de mujeres quejándose de hemorragias y quedarse embarazadas a pesar del implante. ¡Ojalá no hubiese dinero de por medio! Ojalá estuviesen las personas mejor evangelizadas para conocer cómo respetar la sacralidad del cuerpo que Dios les ha dado, controlar sus pasiones, y confiar en la Divina Providencia.

Se podría decir mucho más sobre la dimensión social del Evangelio como se declara solemnemente en el capítulo cuarto de *Evangelii Gaudium*. Sugiero que se lea todo el capítulo desde el comienzo hasta el final, para ver cómo se aplica a su situación, y qué le pide el Señor. El Evangelio no puede separarse de la vida social, porque, en virtud de la Encarnación, Dios se ha hecho hombre para salvarnos. La evangelización y el testimonio de la caridad son la invitación de Dios para nuestra salvación. Ellas nos muestran también el amor increíble que Dios nos tiene.

Traducido del original inglés por FÉLIX ÁLVAREZ SAGREDO, C.M.